

BELLO VECINDARIO

***El Jardín Primera Etapa:
Una mirada al barrio desde relatos femeninos***



**Carmen Elena Salas Palacio
Germán Toro Zuluaga**

BELLO VECINDARIO

El Jardín Primera Etapa:

Una mirada al barrio desde relatos femeninos

Carmen Elena Salas Palacio

Germán Toro Zuluaga

Primera edición
Pereira, Colombia, 2012

© Carmen Elena Salas Palacio
Germán Toro Zuluaga

Coordinación editorial
Luis Miguel VARGAS VALENCIA

Concepto gráfico
Jesús CALLE
Portada: *"Tránsito"*, acrílico sobre lienzo, 70 x 210 cm., 2011

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



El Jardín Primera Etapa:

Una mirada al barrio desde relatos femeninos

El presente ensayo surge como producto del Seminario *Ciudad y procesos de comunicación*, orientado por el profesor Gilberto Bello en el marco de la Maestría en Comunicación Educativa, de la Universidad Tecnológica de Pereira. Para su elaboración se realizaron 10 entrevistas semiestructuradas a mujeres del barrio pertenecientes a tres franjas de edad. La primera, jóvenes entre los 15 y los 23 años; la segunda, adultas entre los 30 y los 50; y la tercera, mayores de 55. Algunas hacen parte de los primeros pobladores, o viven en el barrio desde sus inicios; otras han vivido en él por más de 10 años; y unas pocas, llevan al menos tres años de residencia. Entre ellas hay profesionales, estudiantes, amas de casa, dirigentes comunales y comerciantes del sector. Sus relatos ponen sobre la mesa fragmentos de la historia, sentimientos, temores y aspiraciones, tejidos todos en la cotidianidad del barrio; que lo interpretan, interpelan y cuestionan, permitiéndonos una aproximación a sus entrañas. La información se complementó y contrastó con la entrevista a un habitante masculino que vive en el barrio hace 28 años. El análisis está atravesado por las vivencias y percepciones de los autores, que residieron en el barrio por cerca de diez años. Apartes de las entrevistas aparecen a lo largo del ensayo.

Las viviendas se construyeron y distribuyeron como un largo ramillete de manzanas, apenas separadas por pasajes peatonales, a lado y lado...



En la década de los setenta, Pereira vio nacer de la mano del Incredial -el Inurbe de esa época- una solución masiva de vivienda al otro lado de la quebrada La Dulcera y la depresión que forma en el terreno, el Jardín I etapa, ampliando la ciudad fracturada que tenemos hoy.

La ciudad no se ha construido sobre la extensión de una amplia planicie; su paulatino crecimiento lleva consigo la adecuación permanente de terrenos caracterizados por montículos y hondonadas, que asemejan a las pequeñas crestas del mar en una bahía en calma. Por eso mismo, en su adecuación urbana, Pereira ha enterrado bajo sus construcciones de cemento, desde pequeños hilillos de agua, hasta quebradas del tamaño de Egojá. Algunas pocas se han resistido a desaparecer y han marcado límites en el proceso de poblamiento y expansión de la ciudad; ese es el caso de la quebrada La Dulcera, considerada por muchas décadas, frontera de la ciudad hacia su centro-occidente.

Más de seiscientas familias de estratos medio y medio bajo, muchas de ellas integradas por empleados del Estado, encontraron en esta oferta de vivienda un pedazo de vida urbana dónde instalarse para mejorar su calidad de vida y proyectar nuevos sueños. Las viviendas se distribuyeron y construyeron

como un largo ramillete de manzanas, apenas separadas por pasajes peatonales, a lado y lado del cauce curvilíneo de una única arteria carretable, que los llevaba, simulando un cordón umbilical, hacia la ciudad del Bolívar desnudo.

Las viviendas, que a la postre fueron de menor tamaño y calidad que las promovidas con la casa modelo, se distribuyeron al azar mediante un juego de balotas, que paradójicamente fue seguido en muchos casos por el trueque voluntario entre los adjudicatarios que no se sentían satisfechos con la solución y encontraban con quién canjear.

Maraya, que se codeaba con el barrio Los Álamos como sectores exclusivos de la ciudad, era el paso obligado para ingresar o salir de la nueva vecindad. Algunos de sus encopetados residentes no disimularon su disgusto por la aparición de esta oleada de familias de menor estirpe. Frente a esta postura varios dirigentes liberales encontraron banderas para agitar la política local, Cuentan, por ejemplo, que el Senador liberal Camilo Mejía Duque, residente del sector de Maraya y quien ejercía los últimos días de una arraigada jefatura en su colectividad, asumió en nombre de los estratos altos, el cuestionamiento a la solución de vivienda que amenazaba con imponerles un vecindario desagradable. Por su parte, los

adjudicatarios encontraron en el liberal Oscar Vélez Marulanda, popularmente conocido como “El Plumón”¹ y quién presidía el Concejo Municipal en 1974, un punto de apoyo para afianzarse en ese espacio.

En los X Juegos Nacionales que organizó Pereira, se estrenaron las casas haciendo las veces de Villa Olímpica. De esta manera se oficializó la inauguración de la nueva urbanización, que contó con la presencia del presidente Misael Pastrana Borrero. Prestado este servicio, entonces, sí se dispusieron las viviendas para que llegara el grueso de sus habitantes. Recuerda un habitante del barrio, *“a uno le parecía que el barrio estaba muy lejos; sólo había una ruta de buses”*, que terminaba su recorrido en la manzana 56 en lo que hoy es parte de la Avenida Sur. Claro que en el recuerdo está todavía la imagen de las primeras familias que debían salir a pie a tomar el transporte urbano en el sector de Turín. *“El servicio de bus urbano era hasta las 9 y cuarto de la noche”*. Y aunque continúa siendo igual ahora, en ese entonces, irónicamente *“se llamaba la buseta de los novios, hasta los esperaban, los conductores los conocían y pasaban despacio”*, rememora Olga.

En el sector que hoy ocupa la Avenida Sur, sólo existía un desecho que unía el barrio El Jardín con el

...un largo ramillete de manzanas, apenas separadas por pasajes peatonales, a lado y lado del cauce curvilíneo de una única arteria carretable...

1. Remoquete con que se bautizó a este dirigente en el argot político y comunitario.

Están alrededor, a la hora que los necesite los encuentro, que uno pueda estar con ellos, al que uno pide una ayuda o puede ayudar...

colegio Deogracias Cardona. A un lado, los habitantes del barrio San Nicolás, que siempre han mantenido una actitud de desconfianza y recelo por los moradores de El Jardín, por eso conservan un camino abierto que desemboca en el sector que hoy ocupa el CAI² y que en un principio era una manga de juegos tomada por los niños. Parece que con estos otros vecinos el barrio toma desquite de lo que por otro lado soportaron de Maraya; es que *“el barrio ha tenido un problema, la gente se cree de mejor familia”*, sostiene una de las mujeres.

Profesoras, empleadas oficiales, estudiantes de la universidad nocturna, amas de casa y abuelas jóvenes, fueron los prototipos de mujeres del barrio que nacía a mediados de los setentas, liderando familias o siendo motores importantes de la institución familiar para esta nueva etapa de la vida.

Las mujeres que residen en el sector son ahora abuelas mayores, jubiladas, profesionales o empleadas, amas de casa y estudiantes universitarias. Ayer como ahora, la vida del barrio ha estado atravesada por esa función socializante de las mujeres, protagonistas anónimas de sus relatos. Ellas son las que unen, las que cuentan, las que recuerdan; las que lideran, ahora como antes, las gestas de la familia, la iglesia, la escuela y las acciones de comunidad.

Desde estas miradas femeninas, de habitantes tradicionales del Jardín Ira Etapa, se dan pinceladas al paisaje del “sí mismo” de un barrio que es considerado uno de los buenos víveros de la ciudad y que gracias al dialogo de intersubjetividades y al encuentro intergeneracional con sus habitantes, se anima otra lectura de ciudad.

La idea de vecina y vecindad

Sin distinciones de edad, la imagen de la vecina está instalada en las mujeres del barrio y, en general, en todos sus moradores.

Vecino es una categoría con vida, que se niega a entrar en desuso, a pesar de las arremetidas individualistas de la ciudadanía moderna y de la resignificación que sufren las nociones cuando se presentan cambios generacionales.

Las dos variantes que ofrece el Diccionario “Espasa”³ para definir el término vecino se quedan escasas para lo que es el sentimiento expreso en la mayoría de las entrevistadas: “que habita con otros en un mismo pueblo, barrio o casa”, o aquello que es “cercano”. Sin embargo, hay significaciones que le dan un sentido más socializador y de vida comunitaria al término, y que proviene de los propios practican-

2. Centro de Atención Inmediata, atendido por la Policía. Nacional

3. Diccionario Enciclopédico ESPASA. 2001.

tes de esta condición: que *“están alrededor”, “a la hora que los necesite los encuentro”, “que uno pueda estar con ellos”, “al que uno pide una ayuda o puede ayudar”*.

En el contexto que nos ocupa se escuchan apreciaciones en los dos extremos; unos de mayor cercanía y otros que por el contrario, definen al vecino a partir de límites. *“La vecina es más, que es una amiga”, “se puede convivir con ella”,* plantea la joven Mónica.

De otra parte, doña Diana responde desde la mirada en la que se formó la generación de los sesenta: *“Cuando trasciende el espacio externo y entra a la intimidad ya es otra cosa, ya es otro tipo de relación”*. La solidaridad, la ayuda y el intercambio son significados del término que reiteran con mayor sentido las adultas mayores, aparentemente con mejor disposición a las lógicas de la cooperación.

En cuanto a la manera de ver y vivir la vecindad, se podría hablar de la coexistencia de importantes y contradictorios entramados humanos, que comparten la cotidianidad del barrio. Unos, han desarrollado cierto grado de resistencia a las presiones culturales de la vida moderna que promueve el individualismo, el aislamiento en la intimidad familiar y el *“sálvese quien pueda”*, como lo plantea Juan Carlos Pégolis⁴; por eso se muestran abiertos

al intercambio, la ayuda mutua, la cooperación y la convivencia. De otra parte, está la franja de habitantes que apenas encajan en la definición del diccionario y que poco o nada caen en la cuenta de en dónde están y rodeados de quién viven.

4. PERGOLIS, Juan Carlos. “El viento en el bosque Una observación a partir del Plan Formar Ciudad”. En *Cuadernos de la Capital* No. 1. ESAP. Bogotá, 1998. p. 33.



Entre las múltiples imágenes del barrio se distinguen aquellas representaciones ligadas al nombre...

5 Ibid., p. 33.

Imágenes y representaciones: entre evocaciones e inferencias

El barrio trae la imagen de una cuadrícula, configurada por contrastes, en un adentro demarcado por el límite espacial de los linderos que separan una casa de otra y las invisibilidades compartidas en los requerimientos imaginarios de sus habitantes. O como lo plantea Pégolis "...la estética de la fantasía"⁵, expresión del individualismo; y un afuera del barrio, localizado más allá de la casa habita-

ción, donde están los otros, diversos y diferentes, el próximo porque sirve; el otro que es reflejo de las propias carencias y los ajenos, foráneos e indiferentes a la suerte del barrio. Entre las múltiples imágenes del barrio se distinguen aquellas representaciones ligadas al nombre, las que se mantienen en el tiempo surgidas de las primeras impresiones cuando nació el barrio y aquellas producidas por lo que se quiere superar.

La palabra El Jardín evoca en las entrevistadas "unión, lo bonito", "lo agradable y apacible", "algo bueno", "florecido como un jardín", "sosegado, verde y amplio", "nostalgia, alegría, paz, amor, recuerdo de una infancia feliz y de una adolescencia muy inocente, ...lindo, noble y sincero." "El Jardín es como punto de regocijo, en el que uno sale tranquilo".

Estas miradas contrastan con algunas imágenes de los inicios del barrio, que sobreviven en la memoria de sus fundadoras o primeras pobladoras. Para Patricia, en sus primeros años el barrio "era casi trocha, ...pura piedra, el barrio era muy aislado y no entraba sino Urbanos Cañarte. Empezaron a llegar familias con los hijos como entre 8 y 9 años; ...y empezó a crecer el barriecito". Con algo de contradicción doña Sofía señala: " ...no es que haya cambiado mucho el barrio?, no. La avenida de la parte de abajo, la Avenida Sur, la



iglesia, el edificio Comfamiliar y el jardín infantil, todo eso es nuevo, inicialmente no existía el supermercado... y la Avenida 30 de Agosto, era muy solo eso por ahí”.

Existen también las imágenes que parten de nombrar lo ausente, lo que en el fondo se desea y se aspira cambiar; entre ellas están aquellas que señalan a *“Las personas que critican y no ayudan”, “Hay gente que no debería estar acá, porque son marihuuaneros, destruyen el parque, hacen escándalos y hay muchas zonas verdes que las usan para botar basuras”.*

“El transporte es deficiente, el acceso a servicios bancarios y médicos, los negocios se ahogan, los profesionales no tienen lugar para ejercer, los jóvenes no tienen puntos de encuentro y las debilidades en la seguridad”, “estos antejardines, y los parques están muy feos, ...es que, ya no parece un parque sino un monte”; “...a la gente le gusta tirar las basuras, amontonarlas, o tirarlas donde afean.” “...a veces la gente es tan metida, ...a veces sólo están pendientes de qué hacen los demás”, “la gente es como muy chismosa, como que de cualquier cosa arman el lío”.

Y están aquellas imágenes que en un instante se capturan, cuando se transita cotidianamente por las peatonales del barrio, como la imagen de un ojo, tras la rendija que deja una cortina, deslizándose sigilosamente al borde de la oscuridad. O el

visible contraste en la arquitectura, que aunque relativamente homogénea, es interrumpida por casas de dos o tres pisos con fachadas que dan cuenta del gusto de cada quién, y de los pesos de cada cual. O zonas verdes, comunes unas, propias o privatizadas otras, cuya estética comunica su uso.

Las imágenes sugieren diversidad, contraste, interludio, donde confluyen distintas historias y experiencias de vida que se entretajan en la interacción cotidiana y por cuyos intersticios se cuele el prestigio con que es visto el barrio desde fuera, seguido por los vientos itinerantes de la modernidad que a veces lo recorren.

Lo privado y lo público: una relación particular

La privatización de lo público, manifiesta en la apropiación de zonas verdes mediante el encerramiento arbitrario, se ha convertido en una práctica común de los beneficiados por la ubicación. Esto ha generado una incomodidad murmurada, que se legitima en el silencio y la complicidad de la indiferencia comunitaria.

“...Tendemos a ser invasores de lo público, mi antejardín yo lo diferencio, no sólo con reja sino con muro y reja; y

Existen también las imágenes que parten de nombrar lo ausente, lo que en el fondo se desea y se aspira cambiar.

...de la misma manera en que se apropia el espacio público, se irrumpe en la privacidad del otro.

mañana saco una silla y la pongo ahí, y ya considero que no es de uso común, sino que es privado de mi espacio y así pasa con la acera, y con la calle y con las zonas verdes...”, comenta doña Diana.

Contrariamente a la apropiación de lo público, en un grupo de mujeres, existe la tendencia al acercamiento, sin permiso a la intimidad del otro, una aproximación desde la sombra, pues algunas rela-

ciones sociales en el vecindario se hallan muy mediadas por el figoneo, la sospecha del desliz y el goce un tanto perverso, cuando se anticipa una debilidad ajena. Todo eso cabe en el estrecho espacio del andén que separa un antejardín con el del frente.

He aquí, en el conflicto del otro, un deleite que ocupa el vacío señalado por la incapacidad para derrotar las propias frustraciones, que se ubica paradójicamente en el lugar de una moral que se apoya en el imaginario religioso. Y no es distinto de una generación a otra. Mónica dice: *“sí, la gente es como metida, ...pendiente de lo que hacen los demás; a mi me dicen que hay gente como chismosita, averiguándose la vida de la gente”*. Y agrega Alba: *“Por estar las viviendas separadas apenas por peatonales, ...se presta para que la gente se meta en la vida de los demás...”*

Así, de la misma manera en que se apropia el espacio público, se irrumpe en la privacidad del otro. Paradoja que igual se sufre y se goza, privatizando lo público y haciendo secretamente público lo privado.

Esta relación clandestina, pero casi legítima y aceptada, se constituye en un relato que concede sentido a la vida del barrio; un sentido oculto, a veces ilegible, mítico y trascendente, en la medida que se es-



tablecen redes de comunicación por donde circulan las historias, se realiza intercambio de saberes o versiones, de información y de experiencias cotidianas, siendo posible reconocer “la trama o red de deseos en conflicto”⁶.

Un relato que ocurre probablemente atendiendo un legado de significantes heredados, en el que las peatonales evocan aquellos “lugares de la memoria”, cuando la casa de puertas abiertas permitía el tránsito del vecino en el adentro. O como recuerdo del barrio compacto como pueblo, como reproducción del entonces acontecer urbano, con su vida de plaza y mercado, de ciudadanos familiares cuyo origen e historia era bien conocido y reconocido por todos; *“...esta es una zona que se caracteriza por ser peatonal, las calles peatonales permiten que uno tenga un acercamiento más próximo al vecino, es el saludo, es solidaridad a cosas comunes como a la hora de recoger la basura, la hora de anunciar la llegada del gas,..pero no más, es ese tipo de solidaridad orientada a servicios compartidos en el sentido de que requerimos lo mismo.” “...pero no es una solidaridad de camaradería de compartir cosas muy entrelazadas, no, debe ser por la estratificación, y por la forma que vive la gente que es muy ausente del espacio doméstico, entonces es por eso, que la vecindad esta bien en cuanto a compartir el espacio geográfico...”,* señala una de las vecinas.

En todo caso, no podría olvidarse que la arquitectura del barrio fue impuesta, no elegida; y los sentimientos y vivencias que alberga, como pueden ser expresión de satisfacción, también suelen ser fruto de la presión o el rechazo a estas formas, que para algunos son arbitrarias.

Las formas de vivir el barrio se mezclan, se entretajan y se confrontan entre los restos de un pasado que procura la pervivencia de la comunidad peblerina y la tendencia a la fragmentación que caracteriza a la ciudad de hoy. La primera etapa, la segunda y la tercera, los viejos, los jóvenes, los ausentes, los presentes, los propietarios, los inquilinos, los fundadores, son categorías que se reconocen en el fraccionamiento tácito de la población, de acuerdo a los múltiples y particulares intereses que los distinguen.

El Jardín es un pedazo de ciudad en donde es más vistosa esta particular relación entre lo público y lo privado. No es un distintivo exclusivo del barrio, pero le da una singular tonalidad a su vida social.

La mirada hacía el vecino, puede contener variadas intenciones, muchas de ellas lejos de la búsqueda que posibilite un actuar colectivo. Este hecho explica, en un sentido, la apatía comunitaria que domina

...se realiza intercambio de saberes o versiones, de información y de experiencias cotidianas...

6. MUÑOZ, Germán. “Lo Simbólico-imaginario en Objetos Culturales Urbanos”, Bogotá. Universidad Javeriana. Simposio Nacional: Ciudad y Comunicación. Octubre 27 – 29, 1993. Pg. 3. En Seminario Ciudad y Procesos de Comunicación. Maestría en Comunicación Educativa. UTP. Pereira, septiembre de 2002.



Un mapa cultural elaborado sobre el barrio por el investigador William Mejía para la Fundación Cultural Germinando, planteó un hallazgo similar:

“Todo indica, además de que lo manifiesta la gente, que existió organización y solidaridad que posibilitaron alcanzar tantas metas. Pero la dinámica parece haberse suspendido y es opinión común la de que “falta solidaridad”. La existencia de la acción comunal, por ejemplo, es desconocida por muchos de nuestros entrevistados, mientras otros tienden a confundirla con la junta administradora local de la comuna el Jardín, que también se reúne en el barrio.

Lo cierto es que el barrio ha cambiado, su condición y la de sus habitantes ha mejorado y en ello puede estar la razón del cambio de su organización. De otro lado, se perdió su calidad de suburbio que, cual pueblo pequeño, tiende a generar fuerzas integradoras al interior”⁷.

Es la realidad de una acción comunitaria, dominante en la ciudad, sentida y actuada en función de necesidades materiales. Históricamente la fortaleza comunitaria ha estado en íntima relación con la movilización que busca superar necesidades básicas insatisfechas, y a medida que éstas se van conquistando decrece la frecuencia y la calidad de la acción

el ambiente social del sector y las debilidades en la participación ciudadana que le aquejan. *“Las acciones comunales no han funcionado nunca... ...o no estoy enterada de que tanto hicieron, para tanto tiempo que lleva el barrio, me parece que la cosa no ha funcionado”*, afirma doña Sofía.

“Como barrio no ha tenido identidad. Tal vez mientras se hizo el barrio y se lograron los servicios necesarios. Parece que no necesita de la acción comunitaria para resolver sus problemas”, es la conclusión de Olga que llegó al sector siendo una niña.

7. MEJÍA, Ochoa William. “Barrio el Jardín, Mapa Cultural”. Pereira, Fundación Cultural Germinando. p. 6.

colectiva. El ascenso, social, entendido de esta manera, sacrifica la vida comunitaria. La naturaleza de una solución de vivienda para sectores intermedios también le imprimió un sentido de transitoriedad que aún impregna la vida social del barrio. Así lo manifiesta doña Diana, quien se desempeña como líder comunal:

...“la gente viene de otras partes, la mayoría son personas transitorias, creían que nada más iban a estar un ratito, ya por que les tocó quedarse, pero esta ciudad se caracteriza por eso, la mayoría son de otro lugar. Pereiranos o genuinos nativos de aquí, son muy pocos. Entonces, no se establecen relaciones de amistad muy fuertes porque en cualquier momento hay que hacer el desprendimiento y la gente no quiere exponerse a la ruptura emocional, de dejar los amigos porque saben que hoy están aquí mañana en otro lugar. Y, la gente que es de aquí, permanece muy sola también por eso, ven al otro como transitorio, foráneo, entonces eso es una característica que tiene este barrio, hay gente que lleva veintiocho años pensando que en cualquier momento se puede ir, y no hicieron lazos de amistad fuertes.”

“La mayoría eran empleados públicos que tenían acceso a determinados privilegios, más posibilidades de educación en otra parte, bueno, cosa que a la hora del te no fue cierto, fue como un sueño, y todos pensaban que mejorar el nivel de vida era mejorarlo en otro lugar...”

Entonces nunca se interesaron por la otra persona y pasaron los años y todavía no se han interesado por los otros, solo ahora reconocen que son vecinos de casi veinte ocho años, y que aquí ya van a permanecer y que ya están criando hasta los nietos, entonces ya si se están sintiendo de aquí”.

La transitoriedad que aparece con alguna fuerza en el barrio, aunque está ligada con el origen diverso de sus moradores, no es expresión de ella. Todas las

...esta ciudad se caracteriza por eso, la mayoría son de otro lugar.



...un escenario donde conviven el misticismo y la espiritualidad, básicamente alrededor del rezo y actividades vecinales...

ciudades intermedias han crecido como lugar de desplazamientos varios. Aquí la transitoriedad está ligada a las aspiraciones latentes, al sentido del barrio como lugar para otros sueños, como estación de otros recorridos.

Desde su inicio el Jardín ha jugado el papel de periferia mediadora en la ciudad; un eslabón perdido en el hecho de no ser ni marginalidad, ni zona exclusiva en el sentido de “la ciudad Jardín” de la que hablan Manuel Moreno y Humberto Rliash⁸, cuando se refieren a las periferias voluntarias que construyen los habitantes adinerados. Además de los conflictos internos, alrededor de lo que es y no es El Jardín, los pobladores están también ahí, marcando su historia: la disputa con el sector de Maraya, las desconfianzas y estigmatizaciones hacia los habitantes del barrio San Nicolás y las “rivalidades célebres con Gamma y El Jardín II etapa”, que surgieron de las disputas juveniles de los años ochenta, por el deporte, la rumba y las niñas.

Usos: Entre utilidades e imaginarios

La infraestructura con la que fue dotado progresivamente el barrio, procuraba la satisfacción de las necesidades básicas de sus habitantes: el puesto de salud, los escenarios deportivos, la iglesia, las tien-

das y el supermercado de Comfamiliar, intentaban imprimirle autonomía y modernidad a la zona, procurarle vida propia para salirle al paso a eso de que, “*siempre para todo había que salir del barrio*”, como recuerda Luz Mila.

No obstante, las buenas intenciones, el puesto de salud y las tiendas no tienen un lugar en los relatos de estas mujeres, lo que se puede leer como un síntoma de que tampoco ocupan un lugar importante en su vida cotidiana, como se desprende de las expresiones manifestadas en las entrevistas: “*Los tenderos se quiebran porque la gente compra en otra parte*”; “*eran unas casas que las habilitaron para el supermercado de Comfamiliar, por ahí en los 80 y luego se quebraron, quedaron como bodegas y luego construyeron el edificio de apartamentos*”. Estos hechos podrían leerse como que, la vida del barrio no atendió los intentos de centralidad⁹ que se le propusieron.

La iglesia por su parte, es un escenario donde conviven el misticismo y la espiritualidad, básicamente alrededor del rezo y actividades vecinales para su sostenimiento. Es símbolo y a la vez orden simbólico, compartido colectivamente, punto de encuentro y al mismo tiempo lugar para señalar límites y barreras generacionales, diferenciando a los viejos muy ligados a prácticas tradicionales del ritual re-

8. RLIASH, Humberto y MORENO, Manuel. “Ciudad Latinoamericana: Espacio de Comunicación? El Caso Chileno”. En revista *Diálogos de la comunicación* No. 23. Lima, marzo de 1989. p. 62.
9. Nos referimos al tipo de centralidades alternativas o nuevas centralidades urbanas, que propone la fragmentación postmodernista.

ligioso, escondiéndose de los cambios culturales de la vida urbana; y los jóvenes, en un rol básicamente de espectadores, para quienes la iglesia es un signo paliativo, ya que no arraiga proyectos que aporten otros sentidos al barrio. La práctica religiosa juega un papel institucionalizador en el barrio El Jardín y compensa esa natural necesidad de sentir la pertenencia al colectivo, dando vía, como dijera Freud a contenidos ideativos de infinitud y de comunión con el todo. La parroquia María Reina, *“Además de la connotación religiosa, encarna el fruto de grandes esfuerzos hechos para reunir, peso a peso y ladrillo a ladrillo, los dineros y materiales necesarios para su construcción”*¹⁰.

El templo católico es el principal epicentro de actividades colectivas y comunitarias continuadas; pero también, revisando la historia, animador de fracturas entre la primera y segunda etapa; sobretodo cuando en esta última, algunos vecinos animaron la idea de construir otra parroquia. Al respecto cuenta una vecina que: *“Cuando hubo aquí un padre Ezequiel, ese sí que se encargó de dividir las dos etapas, porque ya en la Semana Santa no se podía contar con ellos; y él dijo no, yo tengo mi Semana Santa aquí, y entonces, ya éramos los de aquí y los de allá”*. A pesar de la dinámica continuada alrededor de la iglesia, ésta no influye en una actividad comunitaria de contenido, ni se refleja en el accionar de las organizaciones comuni-

tarias que deberían existir. Así, pareciera verificarse que la asociación voluntaria en asuntos religiosos, no deriva en agregado en términos de capital social para la comunidad, tal como lo ha señalado John Sudarsky¹¹.

10. MEJÍA, Op. cit., p. 20.

11. SUDARSKY, John. “El capital social en Colombia. La medición nacional con el Barcas”. DNP. Santafe de Bogotá, diciembre de 1998.



...una libertad sin el vuelo suficiente que los lleve hasta la exploración de otros lugares de la ciudad.

12. PERGOLIS, Op. Cit., p. 37

Acudiendo a otros escenarios y atendiendo a otros usos, podría decirse que la cancha y el parqueadero central son lugares de confluencia transitoria, espacios de reunión a los que recurrentemente y por determinados períodos, ingresan nuevos actores, la gran mayoría en la etapa vital que va de la pubertad a los primeros asomos de la juventud.

El sitio es punto de encuentro con iguales, territorio para la conversación, el enamoramiento y la diversión, la fumada a hurtadillas y la primera cerveza.

Hace las veces de eslabón para quienes inician una libertad sin el vuelo suficiente que los lleve hasta la exploración de otros lugares de la ciudad. El parqueadero funciona como un sitio al que ingresan con frecuencia caras nuevas, y simultáneamente, otras salen aunque manteniendo la evocación. Para una de las jóvenes entrevistadas, estos lugares significan: *“Reunión, claro que ya más poquito, porque ya todos se dispersaron cada uno en su cuento..., de por sí los amigos cambian, y ya no les gusta el ambiente, ya quieren lo suyo y ya les gusta es la circunvalar”*.



El lugar es como un bus que recoge y descarga pasajeros. Los que “llegan a su destino”, se bajan añorando el recuerdo del viaje. En determinadas temporadas del año, especialmente en vacaciones, con la presencia del combo, el parqueadero parece un hormiguero y despierta entre padres y otros adultos, una preocupación asociada a la imagen fantasmal y decadente de ciertos no lugares en el barrio. Carga así con el estigma que refleja los miedos e intolerancias que los adultos manifiestan frente a los jóvenes.

Los “no lugares”, se toman aquí en el sentido que señala Pégolis, desde esa “imposibilidad para descontextualizar el acontecimiento”¹², es decir, la impotencia que impide separar los lugares de los even-

tos negativos, lo que genera resistencias e impide su elaboración. Es el caso, aunque con mayor intensidad, de lo que sucede en el par de escalas entre los dos jardines, este espacio es referente de ilícitos recurrentes, y precisamente en esa frontera que trata de unir a los que, según Patricia, *“no se han podido integrar... y ni se integrarán”*: la primera y la segunda etapa.

Frontera entre las dos etapas de El Jardín, formada por unas escaleras a lado y lado de un polideportivo. Unas contiguas al colegio INEM y las otras al conjunto de apartamentos Los Cedros. El parque deportivo aunque agradable, sólo es visitado durante el día por contados vecinos y algunos visitantes. Las escaleras, puente de comunicación y acercamiento en el sentido físico, son un lugar apropiado por algunos jóvenes que reivindican el derecho al consumo de psicoactivos y para aquellos que han decidido transitar el camino de la violencia y vivir entre lo ilícito. *“Las escaleras son un atracadero, después de las 7 de la noche ya no se puede transitar por allí”*, agrega Patricia.

Ese sector de frontera, incluso desde antes de su construcción, ha mantenido invariable uno de sus usos, resistiendo la capacidad transformadora de la ingeniería, cuando de monte y quebrada quedó



convertida en calle vehicular, polideportivo y escalas, muy seguramente con el convencimiento también, de que la metamorfosis cambiaría completamente el uso del espacio, el mismo en el que hoy se manifiesta un enfrentamiento a veces imperceptible de significantes. *“La parte de abajo esa si es nueva, antes era una quebrada donde se metían a fumar marihuana, habían muchos problemas con eso de que la gente se metía por allá, mi señora y mi suegra molestaban mucho porque les daba miedo”*, comenta don Ariel.

El lugar es como un bus que recoge y descarga pasajeros.

Una frontera incitada por propios y advertida por extraños...

Este escenario, entonces, configura un *no lugar* para unos y *lugar* para otros, como para aquellos que usan y transforman este tramo donde se posan ciertos síntomas sociales, involuntariamente arrojados a la frontera de dos historias reunidas en un mismo barrio, en el que compiten por la diferencia de la forma, las mismas identidades socio-culturales.



Una frontera incitada por propios y advertida por extraños, como territorio para la comunicación y para la disidencia, donde es posible hasta el decomiso de la vida.

Dos intenciones contrapuestas anteceden y superan a la obra física, las escalas para unir facilitando el paso y el uso que inhibe su tránsito; el referente deportivo que evoca el parque y el recuerdo del crimen con los incidentes de ilícitos y por último, los consumidores de psicoactivos que en sus bocanadas contradicen a los pocos usuarios que en las mañanas sueltan sus sudores procurando una mejor salud.

Como símbolo de frontera, el polideportivo y las escaleras que a lado y lado lo acompañan, son territorios de un mismo escenario, en el que conviven y compiten la marginalidad y la exclusión, el deporte y la estética. Paradójicamente, allí se encuentra uno de los pocos parques públicos de la ciudad con oferta de un deporte de élite, como es el tenis.

El escenario que se configura en este sitio, contiene los signos que tácitamente representan o materializan la pugna entre el uso y el desuso, el *no lugar* y el *lugar*, el sentido y el no sentido, la legalidad y la trasgresión.

A manera de conclusión

El anterior recorrido por la historia y la vida actual del barrio, ayudados por los relatos que fluyen en la boca de sus moradoras, pone de presente los sueños que hicieron posible el espacio comunitario y que le imprimieron las contradicciones de los imposibles, los obstáculos físicos e imaginarios que han saltado en los años de su recorrido; las angustias y los miedos de ser confluencia y frontera al tiempo, y las formas como se relacionó en el pasado y ahora, con las viejas y nuevas centralidades de la ciudad.

Nos revela que El Jardín es un escenario de contraste desde sus orígenes: Hacía arriba o hacia abajo en la escala social, pugna entre tradición y modernidad, entre ciudad discontinua y fragmentada, entre paradigmas de cultura rural y urbana, entre individualismo y pequeñas redes de acción colectiva, entre el escepticismo político y el clientelismo alrededor del empleo.

Pugna geográfica y social entre la centralidad tradicional de la diecinueve con séptima, y las nuevas periferias que le compiten. El relato de unas y otras muestra las huellas indelebles de este conflicto de miradas que permite descubrir realidades desconocidas por muchos, principalmente por quienes han

sido o son sus actores. Y lo más importante, brinda muchas pistas para comprender hoy, los sueños de este pedazo de ciudad.

...las angustias y los miedos de ser confluencia y frontera al tiempo...



Bibliografía

- Concejo de Pereira. *Gestión política del Concejo de Pereira a través de la historia 1867 – 1998*. Fundación Universitaria para la Cultura –FUC–, Pereira, 1998.
- GONZÁLEZ, Constanza –Comp.–. *Memorias Urbanas Pereira: haciendo ciudad desde los mapas culturales*. Instituto de Cultura de Pereira – Universidad Católica Popular de Risaralda – Fundación Cultural Germinando, Pereira 2001.
- PÉRGOLIS, Juan Carlos. “El viento en el bosque Una observación a partir del Plan Formar Ciudad”. En *Cuadernos de la Capital* No. 1. Esap, Bogotá, 1997.
- MUÑOZ, Germán. “Lo Simbólico-imaginario en Objetos Culturales Urbanos”. Bogotá. Universidad Javeriana. Simposio Nacional: Ciudad y Comunicación. Octubre 27 – 29, 1993. Pg. 3. En Seminario Ciudad y Procesos de Comunicación. Maestría en Comunicación Educativa. UTP. Pereira, septiembre de 2002.
- RLIAH, Humberto y MORENO, Manuel. “Ciudad Latinoamericana: Espacio de Comunicación? El Caso Chileno”. En revista *Diálogos de la Comunicación* No. 23. Lima, marzo de 1989, p. 62.
- MEJÍA, Ochoa William. *Barrio el Jardín, Mapa Cultural*. Pereira, Fundación Cultural Germinando 1998, p. 6.
- SUDARSKY, John. *El capital social en Colombia. La medición nacional con el Barcas*. DNP, Santafé de Bogotá, diciembre, 1998.

